



Año I

Núm. 15

SUMARIO

La Asociación General de Cazadores y Pescadores de España: Algunas noticias sobre la misma.—En busca de ardillas, por *J. Morales de Peralta*.—Un concurso de pesca con caña.—Nuestros cazadores: D. Darío Cordero y Bello, por *Manuel Tercero*.—La Exposición canina.—Para los aficionados a la pesca con caña.—Crónicas de pesca, por *K. Ch. T.*—Previéndose para la veda.—¡A bien que no estaba rico!, por *Br. Cartucho*.—Las licencias de pesca.—D. Luis Calvet, campeón de tiro.—Junto a la hoguera: La tragedia de Tony, por *Guillermo J. Athy*.—Hojeando pergaminos: Una cacería es base de la unión de las dos Castillas, por *Ruy Lope*.—Una víctima de su fama ó apariencias engañosas, por *M. Morales*.—Grandes cacerías.—Noticias.—Cazadores.

(No se devuelven los originales.)

La Asociación General de Cazadores y Pescadores DE ESPAÑA

ALGUNAS NOTICIAS SOBRE LA MISMA

Esta simpática Asociación, á la cual pertenecen numerosos aficionados, llenos de entusiasmo y amor por su Sociedad, bien merece que se le dediquen algunos renglones para exponer los rasgos más salientes de su ya larga vida, durante la cual ha realizado el milagro del pan y los peces.

Veamos cómo. Con la ínfima cuota de una peseta mensual por socio, costea un domicilio social amplio, en sitio céntrico, y si no lujosamente alhajado porque sería pedir golle-rías, cuya pretensión no tienen los socios, se halla en condiciones de comodidad para el objeto á que se destina. Salón de lectura, biblioteca, tertulia y extenso salón de tiro son los elementos que ofrece para solaz de sus socios. Dependientes amables, con uniformes propios de su cargo, completan el cuadro de servicio.

No existe ni ha existido nunca juego alguno reprochable. Es un verdadero domicilio social, para cambiar impresiones de la afición, organizar las partidas de caza y preparar las campañas de defensa en las épocas de veda.

La voluntad de todos, puesta incondicionalmente al servicio social, ha acometido y llevado á feliz término empresas que parecían irrealizables, no contando, como no cuenta dados sus modestos recursos, con fuertes sumas de numerario.

Podría citar varios ejemplos en demostración de lo dicho; pero basta uno solo: la Exposición internacional canina, organizada y celebrada en 1909. Se inició este certamen por creerlo conveniente para el fomento y mejora de las razas caninas. La Junta Directiva de entonces aceptó la idea por unanimidad: trató de sus pormenores, se ocupó en sus preliminares y todo ello lo hizo sin consultar el estado de fondos, que es el paso primero para cualquier empresa honrada. ¿Por qué este olvido? ¿Se pensaba quizás en no pagar á nadie y por tanto no había que preocuparse de si existía ó no dinero disponible para las numerosas atenciones de tan vasto proyecto? Nada más lejos del ánimo de aquellos individuos y de la Sociedad entera, á quien representaban, que contraer deuda alguna, que dejar de pagar ni un solo céntimo. No consultaban; ni siquiera tenían á la vista el balance de fondos, porque todos estaban dispuestos á aportar, con arreglo á las fuerzas y medios de cada uno, los que fuesen necesarios, sin interés alguno, y sin pensar siquiera en el peligro de que fracasase la empresa y cada cual perdiera lo que hubiese adelantado.

Reuniéronse inmediatamente las cantida-

des anticipadas en dicha forma, y se verificó la Exposición con el éxito que todos conocen.

Reintegráronse los anticipos y aún quedó á la Sociedad alguna ganancia, debida más que á nada al auxilio generoso y al interés de sus individuos, que se multiplicaban para prestar gratuitamente sus trabajos. En ello estuvo la clave del triunfo obtenido en todos los órdenes. Y se explica perfectamente que así ocurriera; ¡si fué como una gran familia, dedicada á atender con la mayor solicitud á su propia hacienda!

¿Qué hubiera sucedido en otro caso? Sueldos y más sueldos; espléndidas remuneraciones de servicios; falta de interés propio en el asunto; abandono, por consiguiente, del mismo, y otras muchas dificultades que dan al traste con las empresas mejor pensadas y de más seguras esperanzas.

La *Asociación General de Cazadores y Pescadores de España*, y nos enorgullecemos en decirlo, puede servir de modelo de entusiasmo y desinterés en cuanto atañe á la vida y desenvolvimiento de una Sociedad, á sus honrados propósitos y á su seriedad, en fin, en toda clase de asuntos.

Puede afirmarse que empresa acometida es empresa realizada, y cabe agregar que con éxito, pues no desmaya ni le arredran las dificultades, procurando vencerlas á fuerza de constancia.

En planta tiene varios proyectos de gran transcendencia. De ellos nos ocuparemos en sucesivas reseñas, suspendiendo ésta para no mermar espacio á otros trabajos de la revista.



En busca de ardillas

Hace años me encontraba de temporada en el pueblo de *Guadarrama*, y en mis diarias cacerías, una mañana me interné en el pinar en seguimiento de unas perdices, y me llamó la atención ver que mi perra se ponía de manos en el tronco de un pino, y mirando á lo alto de él gruñía, como si quisiera indicarme algo; después de un rato de observación, sin descubrir la causa del gruñido de mi «Perla», seguí mi camino.

Por la tarde referí á un campesino, aficionado á la escopeta, lo que me había sucedido en el pinar, y me manifestó que sería alguna

ardilla; me invitó á que fuese en su compañía á la mañana siguiente, y acepté la invitación, pues nunca había matado ese roedor.

Empezaba á clarear el nuevo día cuando salí de casa acompañado del campesino.

Anduvimos por el pinar muy cerca de una hora sin descubrir ardillas, cuando de pronto mi acompañante, cogiéndome de un brazo, tiró de mí, y hablándome en voz baja me indicó el ramaje de uno de los pinos para hacerme ver una ardilla, que por más esfuerzos que hice no pude divisar, pero sí vi trepar por el tronco de otro pino más distante á uno de estos graciosos roedores, y que conforme trepaba á lo alto del árbol, asomaba la pequeña cabeza por entre las ramas, para observarnos; aquellos penachos de pelo en la punta de las orejas, coquetón adorno que les dió la Naturaleza, contrastaban con la viveza de sus ojos y sus continuos movimientos.

Al intentar ir en busca de la ardilla, me dijo el campesino que no lograría matarla, porque se ocultaría y saltando de pino en pino lograría ponerse en fuga.

Me oculté detrás del tronco de uno de aquellos árboles, vecino de aquel al que se subió la ardilla, y el campesino, sujetando á mi perra por el collar, se la llevó con él, para que no espantase la caza.

El labriego dió un pequeño rodeo por el lado contrario de donde me ocultaba, comenzó á golpear el tronco del pino, y á los pocos instantes y queriendo ocultarse vi aparecer al pequeño cuadrúpedo de color rojo, y digo pequeño, pues tendría unos veinticuatro á veintiséis centímetros de largo, por unos ocho á diez de altura, con una gran cola muy poblada de pelos divididos, á lo largo de la referida cola, en dos mitades. El animal, sin reparar en mí, sirvió de blanco, derribándole á tierra de certero disparo.

Le examiné, llamándome la atención sus largas y resistentes uñas, propias para trepar, y confieso que me causó lástima haber privado de la vida á tan monísimo animal (*Sciurus vulgaris*), máxime cuando no me aprovechaba para nada; en cambio mi acompañante, sin duda para que se la regalase, como así lo efectué, me ponderaba lo sabroso de su carne.

Al poco rato de sigilosa marcha, indicó mi compañero el sitio donde había visto saltar á otra ardilla de un pino á otro, y me preparé para matarla al vuelo, si repetía el salto, como así lo efectuó, salvando una distancia de cinco á seis metros. En el momento de finalizar su asombroso y seguro salto, recibió el tiro de mi escopeta: mi instinto de cazador hizo

que repitiese lo que tanto me había contrariado momentos antes, seducido por las monadas que observé en estos bonitos cuadrúpedos, los cuales hacen uso de sus patas delanteras para llevarse los alimentos á la boca; tienen razón algunos escritores que las llaman *el mono de nuestros bosques*.

Reconocí mi segunda víctima y comprendí que se trataba de un macho viejo, por tener pelos blanquecinos en los bellos, llamándome la atención que tuviese la piel más oscura que la que tienen las ardillas que se crían en nuestro suelo. Sin embargo, recordé que también las hay casi negras. Construye dos ó tres nidos con broza fina, musgo y plumas, resistentes á las lluvias, donde se refugian cuando *barruntan* cambios atmosféricos, tormentas, nieves, lluvias ó grandes vientos, pues son muy sensibles á los cambios de temperatura, exhalando unos chillidos agudos.

Se alimentan de frutas, granos y piñones. También acometen á los nidos de las aves que tienen á su alcance, comiéndose los huevos.

Es animal limpio, se atusa y lava y es fácil domesticarlo.

Su piel es muy preciada en algunos países.

Con la tala de los montes van quedando pocos de estos bonitos roedores.

Cuanto dejo dicho de la ardilla son datos recogidos de boca del lugareño cazador, mi acompañante, y de ilustrados escritores, que vienen á afirmar lo que dejo expuesto.

J. MORALES DE PERALTA



Un concurso de pesca con caña

El Presidente de la Sociedad *El Fomento de la Pesca Fluvial Española* nos ha remitido con atento B. L. M. un ejemplar de la circular dirigida á sus socios, por la que se les hace saber que la Junta Directiva de aquella ha acordado la celebración de un concurso de pesca con caña y anzuelo en la primera quincena de Enero próximo, y en el cual sólo podrán tomar parte los señores socios de la misma que reúnan las condiciones que al efecto se exigen en su reglamento.

El objeto principal de dicho concurso es el de disputarse los premios que quedaron desierto en el anterior celebrado en Aranjuez el día 21 de Mayo último; y para que su organización llene ó satisfaga en lo posible

las aspiraciones de los que en él hayan de tomar parte, en la citada circular se abre un cuestionario sobre los siguientes extremos y cuya contestación se interesa á los señores socios de *El Fomento*:

1.º Río y sitios entre los siguientes en que en el invierno sea más conveniente la celebración del concurso: el Tajo, en Aranjuez ó Villaseca; el Jarama, en Aranjuez, Seseña, La Poveda ó San Fernando, y el Henares, en Azuqueca, Meco, Alcalá ó Torrejón.

2.º Sobre la conveniencia de usar dos cañas ó una sola.

3.º Si debe ser libre la elección de cebos ó, por el contrario, limitarse al de una sola clase, y, en este caso, qué cebo debe preferirse.

4.º Orden de importancia ó preferencia que debe darse á las siguientes suertes: mayor número de peces, mayor peso en peces y pez de mayor tamaño.

5.º Sobre formación de agrupaciones de los señores concursantes, según los ríos y sitios preferidos por los mismos.

6.º Sobre si dichas agrupaciones deben celebrar el concurso en un mismo día festivo, aunque en distintos ríos, ó, por el contrario, convendría señalar un día festivo para cada agrupación.

7.º Con respecto á los puestos que han de ocupar los concursantes, si deben ser previamente destinados y sorteados por la Comisión organizadora, como en el concurso anterior, ó prescindirse de tal designación, dejando en libertad al concursante para elegir el que más le guste, dentro de la zona que fije.

..

Según tenemos entendido, los premios que quedaron desierto en el concurso anterior son los siguientes: Un equipo de pesca, consistente en una caña, un carrete multiplicador, una sacadora ó *salabar* y una cesta-silla, regalo del Excmo. Sr. D. Luis Bahía y Urrutia, senador del Reino; *Un pescador*, artística figura de bronce, regalo de la *Asociación General de Cazadores y Pescadores de España*, y un reloj de plata marca «Longines», regalo de D. J. G. Girod.

Además de dichos premios, se disputarán otros, cuyo detalle, así como el de la organización del concurso, cuando nos sea conocido, tendremos el gusto de publicar en esta revista.



Caza y Pesca

NUESTROS CAZADORES

D. DARÍO CORDERO Y BELLO

Sano, fuerte, de complexión robusta, incansable y ágil, es Darío Cordero un entusiasta partidario del deporte de la caza, que ejercita con la enorme ventaja que su constitución física le proporciona.

Claro está que, como puede verse por la fotografía que acompaña á estas líneas, no se trata de ningún anciano, pues Cordero se halla en plena edad viril, es hombre joven y, por consecuencia, no puede sorprender á nadie que en su juventud encuentre esos recursos sin los cuales no se cultiva con éxito la afición á la caza; pero queremos consignarlo porque hemos advertido en nuestro biografiado gran superioridad al compararlo con otros de su misma edad y circunstancias.

¿Será el cariño que siente este cazador hacia los placeres del campo? ¿La frecuencia con que realiza sus excursiones, si bien no siempre éstas sean recreativas, pues por razón de su carrera ha pasado y pasa largas temporadas

en plena campiña ó en las más abruptas escabrosidades de las diversas sierras que cruzan nuestro territorio?

No lo sabemos; quizás esto último ha contribuido á acrecentar sus aficiones; tal vez éstas le llevarán á seguir una profesión en la que ha conseguido honroso nombre, pero es lo cierto que por tal causa Darío Cordero es

un decidido y entusiasta defensor del campo y de los ejercicios al aire libre, pero muy especialmente el de la caza.

Y como le gusta predicar con el ejemplo, ha pertenecido á varias Sociedades, cazando en el Salobral, el Campillo, Gozquez, La Monja, La Caprichosa y otra porción de vedados donde ha tenido ocasión de revelar sus excepcionales aptitudes, haciendo excursiones provechosísimas de las que dejó á sus acompañantes muy gratos recuerdos.

Darío Cordero pertenece á los cazadores de buena ley; es decir, que huye del *re-echo*, no gusta de la espera ni es partidario tampoco de la caza con reclamo; po-

see una magnífica perra *setter*, y con ella le basta para, ya en la época de las codornices, recorriendo las vegas de Molina de Aragón y Sigüenza, bien en los meses en que se caza la



Fotografía J. Mena.

perdiz y el conejo, realizar sus excursiones, que son siempre prácticas y divertidas si los terrenos donde las lleva á cabo no son páramos ó desiertos; esto es, si hay en ellos algo que cazar.

Actualmente pertenece Cordero á la Sociedad «La Perdiz», reunión de amigos que hace dos años acordó arrendar la caza del monte «La Común», del término de Galápagos, y desde tal fecha viene asistiendo á las cacerías que allí se verifican, cacerías que, si tienen la ventaja del ojeo á conejos, de lo que no se puede prescindir, porque los manchones de jara son tantos y de tal altura que la caza en mano haríase imposible, tiene, en cambio, el inconveniente del ojeo á perdiz.

Y sostengo que éste es un verdadero inconveniente, porque, ya sea por el terreno, bien por la clase de la perdiz, es ésta tan salvaje, tan brava, que el que estas líneas escribe ha visto fracasar allí en muchas excursiones á cazadores afamados, á hombres, en fin, que pasaban, y con razón, en todas partes por primeras escopetas.

En tales cacerías, Darío Cordero ha hecho tiros habilísimos, siendo siempre uno de los que más piezas han cobrado; y conste que me refiero exclusivamente á las perdices, pues la caza del conejo en tales condiciones no tiene mérito para nadie, ni la practica mi biografiado más que por las razones que apuntadas quedan más arriba.

Cordero es hombre ingenioso, decidor y alegre; pero como es formal y posee una educación excelente, no gusta de las bromas pesadas, ni es partidario de las *tomaduras de pelo* á que tan aficionados se muestran muchos cazadores; resulta, por tanto, un excelente camarada y un buen amigo. Como á tales condiciones une—ya lo hemos dicho—la de ser un tirador de *primitivo cartello*, merece ocupar un lugar en esta galería.

Y para terminar quiero referir algo que indudablemente es obra de la casualidad, pero que prueba también lo que llevo dicho de Cordero como tirador, pues sin esta condición no habría conseguido dar muerte á 43 zorras que le han entrado en otras tantas excursiones que realizó.

Es circunstancia casual—lo repito;—pero ¿no es cierto que el hecho de darles muerte revela que se trata de una buena escopeta?

MANUEL TERCERO

La Exposición canina

En la sesión que bajo la presidencia del Alcalde celebró el viernes 1.º de Diciembre nuestro Ayuntamiento se tomó el acuerdo de conceder autorización á la *Asociación General de Cazadores y Pescadores de España* para que pueda llevar á cabo una Exposición canina como la celebrada hace dos años.

La Exposición se instalará en el Parque de Madrid, y desde luego podemos asegurar, dados los elementos con que cuenta, el entusiasmo de sus socios y la práctica que en esta clase de asuntos tiene la mayoría de los cazadores, que ha de constituir un nuevo triunfo para nuestra Asociación.

Ésta comenzará pronto los trabajos preliminares del concurso, y de todo cuanto vaya realizando tendremos al corriente á nuestros lectores.

La noticia de la autorización no por esperada ha dejado de producir menos júbilo, pudiendo asegurarse que estos días era en la Asociación el tema de todas las conversaciones.

Para los aficionados á la pesca con caña

Los socios y suscriptores de esta revista podrán consultar cuantas dudas se les ofrezcan respecto á procedimientos para pescar con caña en los ríos Tajo, Henares y Jarama, épocas más convenientes para ponerlos en práctica, cebos, pertrechos y aparatos más útiles y todo cuanto se relacione con la pesca con caña.

Las consultas pueden dirigirlas á CAZA Y PESCA, donde las encontrarán resueltas por un práctico pescador.





CRÓNICAS DE PESCA

Entusiasmo é ilusión del pescador de caña.—Consulta á los barómetros.—Deseos de que se equivoquen si anuncian mal tiempo.—Preparativo de los útiles y pertrechos de pesca.—Los cebos: su extraordinaria importancia para la pesca: ideas generales sobre los mismos.—La marcha en el tren: los comentarios sobre el número,

peso y tamaño de los peces cogidos en la anterior expedición.—Medidas que se aplican por los pescadores para el tamaño y peso de los peces.—Promesas para otra crónica.

Hora era ya de que los aficionados á la pesca fluvial con caña y anzuelo diéramos al periódico algunas líneas que relataran nuestras costumbres en dicha diversión.

Roto el silencio por mi artículo anterior, parece que afluyen á mi pluma los asuntos para llenar cuartillas y más cuartillas y disputar á la caza un lugar en estas crónicas.

Y los cazadores, que siempre son sinceros amigos y aliados de los pescadores, hasta el punto de haber constituido la Asociación General de Cazadores y Pescadores de España, ceden con gusto la vez y hasta dan preferencia á mis modestos escritos, permitiéndome insertarlos, á pesar de sus faltas, reconociendo la buena voluntad que me anima.

Y dichas estas frases, á manera de preámbulo y saludo á los pescadores, paso á relatar sus preparativos y excursiones.

Con iguales alientos é ilusiones que los cazadores y que todos aquellos que sienten y profesan amoroso culto á una afición, el pescador de caña sueña en la suya, y á medida que se acerca el día de ejercerla, aumentan sus ánimos y entusiasmo.

Consulta los barómetros, indaga y averigua el estado de los ríos, y con la esperanza siempre de que se equivoquen los informes que adquirió por dichos medios y que le anuncian grandes lluvias ó vientos, que para la pesca con caña son tan malos como las lluvias, y que los ríos conducen chocolate en vez de agua, esperando, repito, que se equivoquen y luzca

el sol con esplendente brillo y las aguas de los ríos corran mansas y limpias, porque no es cierto, ni mucho menos en este caso, lo de que á río revuelto ganancia de pescadores.

El de caña, como digo, requiere otras condiciones.

El día ó la noche antes de la excursión prepara sus chismes, sin olvidar la merienda, que procura sea abundante y succulenta.

Prepara también los cebos para los peces, que viene á ser como el *menu* de estos animalitos. Y no es cosa sencilla y llana acertar con sus gustos gastronómicos en cada época y hasta en las distintas horas del día. De ello depende, en parte muy principal, el éxito de la expedición.

Debe también tenerse en cuenta, para preparar los cebos, el tamaño de los peces á que nos vayamos á dedicar, y esto no necesita explicación puesto que salta á la vista, y fácilmente se comprende que así como los anzuelos han de ser de distinto tamaño para los peces grandes que para los chicos, la comida que se les prepare para el engaño debe ser acomodada á la categoría y clase de pez.

El estudio de los cebos apropiados en cada caso es de grandísima importancia, y por eso insistimos en que el pescador ha de fijar mucho la atención en este punto, si quiere obtener buenos resultados en vez de fracasos.

En otros artículos sucesivos me propongo examinar este punto, como todos los demás que se refieren á la pesca con caña, para dar

á conocer el cebo que en cada época y cada clase de peces necesita.

Por hoy me limitaré á indicaciones generales.

El pez, como todo ser viviente, tiene sus preferencias por determinados alimentos, en relación con la época y estado en que se encuentra y hasta con el sitio en que vive.

Así vemos que en invierno prefiere alimentos grasos y come gusano, lombriz, gusarapa, saltamontes, moscas, etc., que alterna en el menu con ricos *mariscos*, el camarón, por ejemplo; que hay otros, como el barbo, que en determinadas horas se pesca con ova, que viene á ser como la ensalada, según frase afortunada que oí á un antiguo y afamado pescador de caña, y hay otros, por último, de gustos más modestos, pues engullen con singular agrado el vulgar garbanzo y patata; es decir, que les gusta el rancho y, cosa extraña, éste es el cebo preferido por los peces del estanque de la Real Casa de Campo, no obstante la prosapia de su nacimiento.

Y ya, supuesto que conocemos el cebo más conveniente, y que lo hemos acomodado en nuestra chistera, si es susceptible de que vaya en ella, ó en la lata ó talego, pasamos á revisar y preparar los sedales, aparejos, anzuelos, veletas, etc., etc.

Cada uno de estos pertrechos requiere examen por separado, que haremos en otra crónica para que sirva de guía á los aficionados noveles, pues los antiguos ellos solos pueden manejarse, porque conocen bien, ó por lo menos deben conocer á la perfección todos los chismes.

Y con todos estos preparativos, marchamos al tren, que nos conduce á las proximidades del río que hayamos elegido.

Durante el trayecto se comenta con los demás compañeros el resultado de la expedición anterior, con minuciosos datos del tamaño de los peces cogidos, para lo cual aún se conserva el de varas y sus derivados cuartas, etc., y el peso de los mismos, aplicando las libras, medias libras y cuarterones, utilizando para medida el brazo con la mano extendida. Los peces que son menores de la cuarta se denominan *cachos*.

Y en este punto suspendo mi crónica para continuarla en otra, con otros curiosos detalles del ejercicio de nuestra afición.

K. CH. T.

Previniéndose para la veda

Conforme va avanzando el período legal de caza, se va acercando el de veda, y es necesario que los cazadores vayan tomando prevenciones para ese momento.

Hemos dicho que con la supresión del impuesto de consumos se introduce caza dentro de Madrid, que luego sirven condimentada en fondas y cafés, so pretexto que está en conserva.

Se hace preciso discurrir un medio que evite esas infracciones y que se redoble la vigilancia en los sitios donde con más frecuencia se introduce la caza.

La *Asociación General de Cazadores* recibirá y pondrá en curso cuantas denuncias se le hagan en este sentido, y publicará en esta revista todas las ideas que tiendan á remediar esas vergonzosas infracciones que atentan contra una de las riquezas más importantes de nuestro suelo.



¡A bien que no estaba rico!

Un lunes por la noche, á las diez próximamente, en plenilunio, con una claridad excesiva y un fresco muy agradable... salíamos por el camino de la *Vibora* (La Carolina, provincia de Jaén) Manuel Díaz, Francisco (a) *Escalerillas* ó *Tollino* y un servidor de ustedes, con el firme propósito de matar muchas reses. Era en el verano, allá por el mes de Agosto del año de... no hace al caso...

Por esta época no se puede cazar más que de *buenas*, como decimos por aquí, á saber, de acecho, por la noche, é íbamos á hacerlo así á la sierra del Viso.

¡Cuántas ilusiones me forjaba por el camino! Pensaba matar por lo menos un par de ciervos, otros tantos jabalíes, media docena de cabras, porque me decía á mí mismo: llevo escopeta de dos tiros, de cartuchos; esos animales se amillanan, hacen remolino en un *canjorro*, y allí les voy á disparar cuantas veces quiera. ¡Ah! También mataría ¿cómo no? algún corcillo; y, en una palabra, me figuraba que no iba bien provisto de cartuchos de bala, siendo así que llevaba sesenta.

¡Qué desilusión! La triste realidad me hizo no volver á formar castillos en mi juvenil fantasía.

Cuatro noches consecutivas, sin haber sentido el más ligero ruido, pasando unos miedos tan grandes como infundados, me hicieron perder toda ilusión.

Pero esto no fué lo más triste. Después de la quinta noche, pasada en vigilia, como las anteriores, acechando los jabalíes, sin que pasara ninguno por el sitio en que nos pusimos de acecho, nos juntamos á la mañana siguiente en lo alto de la umbría del *Cochino*, que, si mal no recuerdo, está enfrente de la *Cueva del Retiro*, y echamos en ojeo el cerro que hay por debajo de la hoz de los *Tintoreros*, sin que tampoco, por desgracia (que nos persiguió en toda aquella cacería), saliera ningún bicho á quien tirar; y ya desengañados, nos fuimos á una fuentequilla, oculta entre la maleza, en el barranco del *Gaitero*, en la cerrada de piedra que forma más arriba del *Cerro del Centeno*.

Al llegar allí reunimos una poca leña y condimentamos un arroz con patatas que fué devorado con verdadero deleite, como si se tratase de un manjar exquisito.

Después de haber comido y fumado, cada uno de los expedicionarios se acomodó debajo de una hermosa mata de madroño, á dormir y roncar unos, y á dormir sin roncar otros.

Así pasamos todo el día, que á pesar de ser tan largo en el tiempo á que me refiero, se nos figuró de una hora; pero ya trasponiendo el sol de aquel paraje, tocó á diana *Escalerillas* y nos sentamos los tres en derredor de la fuente contemplándola con verdadero gozo: caía un hilillo de agua como el dedo meñique, pero tau pura, tan fresca, tan cristalina y transparente, que convidaba á contemplarla extasiado horas y horas, mucho más si hubiéramos dispuesto de algunas viandas exquisitas.

Registramos los morrales y ¡oh dolor! tan sólo nos quedaba un pan, y no entero.

Conformes con nuestra suerte, lamentando no obstante nuestra poca previsión, y por tanto la falta de provisiones, cortamos cada uno de aquel pan empezado una orilleja, y engan-chándolas en la punta de la navaja, íbamos mojando sendas sopas en aquella fuente, cual si hubiera sido de rico almíbar.

Ello es que no tenía especias ni aderezo alguno aquel líquido, y sin embargo, resultaba sabroso; retirábamos las sopas de allí y las paladeábamos con un agrado que, lo confieso ingenuamente, cada vez que me acuerdo de aquel grato episodio, se me hace la boca agua.

Dicen que á buen hambre no hay pan duro, pero, sin embargo de no tener nosotros mucha hambre, aunque la que teníamos era buena, remojamos el pan y resultó más tierno.

¡A bien que no estaba rico!...

¡Si vierais qué higiénico es eso!...

Y, sobre todo, muy económico.

BR. CARTUCHO

Sierra Morena y Julio 1911.

LAS LICENCIAS DE PESCA

En virtud de recientes órdenes del Ministerio de Fomento, han comenzado á expedirse por el Sr. Ingeniero Jefe del Distrito forestal de Madrid las licencias administrativas para la pesca fluvial en aguas del dominio público no arrendadas, cuyo servicio le compete, según lo dispuesto en el art. 20 del Reglamento aprobado por Real decreto de 7 de Junio último.

Lo que hacemos público para que llegue á conocimiento de los pescadores, quienes, en lo sucesivo, para proveerse de dichas licencias, en vez de dirigir las oportunas solicitudes á los Sres. Gobernadores civiles, como hasta aquí, deberán verificarlo al Ingeniero Jefe del Distrito forestal en Madrid y á los Ingenieros Jefes del Servicio piscícola en las demás provincias.

Don Luis Calvet, campeón de tiro

En el concurso últimamente celebrado en el «Tiro Nacional» se han distinguido notablemente nuestros queridos compañeros de Asociación D. Luis Calvet y D. Germán Ortega.

Del Sr. Ortega nada diremos, pues bien cimentada tiene su fama de tirador en diferentes concursos nacionales y extranjeros, habiendo conseguido reunir un verdadero museo de recompensas, y, por tanto, no nos ex-

traña que haya conseguido en el concurso de referencia gran número de premios.

Hace unos cuantos años, muy pocos, salió á la *palestra* como tirador un joven oficial de Infantería, D. Luis Calvet, que venia *pegando*; era un enemigo formidable, y los ya consagrados tiradores tuvieron que rendirse á la evidencia; el *neófito* daba pasos de gigante para convertirse en maestro y alcanzar un primer puesto.

Su estatura, su juventud, la seguridad de su puntería, su entusiasmo por el tiro de precisión, en suma, sus incomparables condiciones le llevaron en muy poco tiempo á ser el primero de nuestros tiradores á bala.

La pasada guerra de Melilla, la de 1909, le condujo á tierra africana en cumplimiento de sus deberes militares; y allí, frente al enemigo, con la misma tranquilidad que si se presentase en un polígono de tiro, disparó su pistola automática contra los moros, y cada disparo era una víctima; tal era la precisión y la sangre fría con que apuntaba.

Los moros comprendieron, sin duda, que aquel oficialito hacía más estragos que la compañía que mandaba, y en una descarga cerrada consiguieron herirle y dejarle fuera de combate.

Su heroico comportamiento en aquella campaña le valió el ascenso á capitán, hoy uno de los más jóvenes y de brillante porvenir.

En los concursos celebrados en la *Asociación General de Cazadores y Pescadores de España* obtuvo varios premios con carabina y pistola de precisión, pues es de advertir que maneja toda clase de armas con la misma destreza.

Podemos asegurar, sin temor á equivocarnos, que es el tirador más completo y más notable de cuantos se conocen, y para demostrarlo consignaremos á continuación los premios que ha obtenido en el último concurso del «Tiro Nacional» celebrado en el polígono de la Moncloa:

Campeonato de Madrid de armas largas,

consistente en medalla de oro, 400 pesetas y 75 pesetas por la posición de tendido; campeonato de armas cortas, que consistía en medalla de oro y 150 pesetas; primer premio de cazadores, compuesto de medalla de oro y un objeto de arte; primer premio de oficiales, consistente en medalla de oro y un reloj de oro; primer premio, medalla de oro y una pistola Browning, de pistola automática; primer premio, medalla de oro y objeto de arte, de revólver; segundo premio, 25 pesetas, de rifle, y segundo premio, medalla de plata, de armas cortas de defensa.

Total, seis medallas de oro, 650 pesetas, un reloj de oro, una pistola Browning, dos objetos de arte y una medalla de plata. En una palabra, los más honrosos y notables premios del concurso.

Vean nuestros lectores cómo no nos equivocamos al decir que el Sr. Calvet es el más notable tirador y el

más completo de cuantos se conocen.

Nuestro compañero no necesita más elogios que sus merecidas recompensas, y, por tanto, reciba sólo nuestra más entusiasta y cariñosa enhorabuena, deseándole nuevos triunfos que añadir á la lista interminable de los ya conseguidos.





JUNTO Á LA HOGUERA

La tragedia de Tony

¡Vaya un perro que era Tony!

No tenía más defecto que el inevitable de todo ser vivo cuando le llega su hora. Era viejo y... claro está, se acercaba el fin de su existencia, con gran sentimiento de su dueño y acaso de él mismo, si se nos permite asegurar que el instinto de los animales adquiere á veces intensidad de inteligencia, francamente exteriorizable, como en el caso que va á ser objeto de nuestra narración.

Tony era viejo; pero estaba de buen ver. No tenía raza definida, como suele ocurrir en casi todos los casos excepcionales de inteligencia canina. En su gruesa cabezota, bajo las arrugas de la piel que semejaba un fuelle de acordeón, destacábanse los ojazos de mirar lánguido y expresivo. Tenfa la nariz partida, como reminiscencia de raza fina de algún tatarabuelo; todo lo demás en él era basto, pelo cerdoso, orejas no muy largas, pesadez de movimientos, rabo grueso, largo y en punta. Era, lo que un inteligente diría *un perro sin raza*. No obstante era la notabilidad de aquella región, puesto en faena.

Cuando se cazaba en monte espeso, Tony removía las zarzas y los espinos y podía estar

seguro el cazador que le llevara de que, si á su paso había un conejo, el perro le haría pasar por delante de la escopeta, aunque el hacerle salir del escondrijo le costara jirones de su tosca piel.

Cazando perdices, Tony las venteaba antes que ninguno de sus congéneres, y con la habilidad y belleza del perro más fino las mos-



traba y hacía que volaran, á ser posible, de los pies del cazador.

Si había que cazar en el agua, Tony rompía con sus garras el hielo en el tiempo más frío, y no había un juncal ó un grupo de espadañas donde no registrara su hocico explorador.

Cuando una pieza salía herida del tiro y en un supremo esfuerzo buscaba un escondrijo

donde morir ó se alejaba corriendo, allá iba el perro tras ella, despacio, cachazudo, ventoteando el rastro con testarudez hasta encontrarla y, moviendo la cola orgulloso, la entregaba en manos de su conductor, sin que sus dientes estropearan lo más mínimo el pelo ó la pluma. Era una alhaja, era todo un señor perro.

Y ya, lector, que conoces al protagonista de esta historia, voy á contarte su última hazaña, que vale la pena conocerse, para honra y prez de los perros inteligentes.

Transcurría la época desoladora del bandolerismo.

En una aldea andaluza, enclavada en el corazón de Sierra Morena, habitaba D. Plácido, anciano doctor rural que, después de muchas fatigas y muchas malas noches junto al lecho de los moribundos, había logrado reunir un modesto capitalito, cuya renta, unida á los productos de su carrera, le permitía llevar una vida casi regalona, al lado de su señora y de una hija, *jamoncita* de buen ver, á la que nadie hacía el amor, por miedo de verse desdeñado por la más rica del pueblo.

Todos los placeres de D. Plácido se concretaban á la familia, la partidita de tresillo á cénitimo doble, con el cura, el secretario y, alguna vez, con su colega de un pueblo cercano, y sobre todo, la caza. D. Plácido era un excelente tirador, tenía la mejor escopeta del contorno y, como el *non plus* de perros, tenía á Tony.

Una noche, negra y fría como ella sola, acababa de terminar la partida de tresillo. Ya el secretario y el cura se despedían de su amigo, cuando se oyó fuera el precipitado galope de un caballo que se acercaba y, poco después, una voz varonil que llamaba, con la acostumbrada frase de la región y de la época: «¡Alabao sea Dios!»

El mismo D. Plácido salió á abrir al recién llegado.

—Buenas noches, amigo. ¿Qué se ofrece?

—Soy manijero del cortijo de los Almen-dros y me mandan á avisar á su mersé pa que vaya deseguí á vesitá ar niño dei *aperaor*.

—¿Qué le pasa?

—Que l'ha dao una cosa como una arferesía y está sin conosimiento y echando espuma por la boca. ¡Mu malito, señó dortó!

—¡Pero, hombre!... ¿Con la noche que hace?... ¿No podríamos esperar á mañana?

—¿No ve su mersé que se va á mori la criatura?

—¡Qué remedio, iremos! Ensillar el caballo—dijo á un criado.

—Vaya prevenido, don Plácido—dijo el señor cura.—Corren malos tiempos y puede us-

ted encontrarse con alguna partida de bandidos.

—Don Plácido no tié naa que temé de naide. Hasta el mismo Melgares se quitaría ersombrero delante de él—añadió el que traía el aviso.

Así lo opinaba también el anciano doctor.

Tony, que no había cesado de gruñir sordamente desde la llegada del cam-



pesino, levantóse perezoso de la espuerta donde dormía y, después de oler repetidas veces las polainas del manijero, acercóse al doctor y, mirándole fijamente, lanzó dos ladridos, no obteniendo otra respuesta de su amo que la formal amenaza de un puntapié.

Despidiéronse al fin los contertulios, y el médico, después de besar en la frente á doña Carmen, su señora, y á Aurora, su hija, según hábito inveterado, partió á caballo en compañía del campesino que viniera á buscarle. Tony partió también, torvo y malhumorado contra su costumbre.

Todo en la casa quedó tranquilo. Cerráronse las puertas y, luego de cruzar tras ellas un fuerte barrote de hierro, por lo que pudiera ocurrir, amas y criados se retiraron á tomar el necesario reposo de las faenas del día.

Dos horas habrían transcurrido desde la par-

tida de D. Plácido, cuando un ruido extraño en la puerta de la calle turbó el silencio que reinaba en toda la casa. Aurora fué la primera en notarlo y, poseída de un miedo cerval, acercóse á la ventana de su cuarto y, temblando, con gran cuidado de no hacer el menor ruido que pudiera delatarla, entreabrió las maderas; pero cuál no sería su asombro cuando en vez de encontrar al supuesto ladrón ó asesino, sólo vió á Tony que arañaba desesperadamente en las junturas de la madera.

—¡Holgazán!—exclamó, ya repuesta del susto, regañando al perro.—¿Por qué has dejado al amo? ¡Anda á buscarle!

Y el perro la miraba y gruñía con acento quejumbroso, sin apartarse un momento de la puerta.

—¡Marcha en seguida, holgazan!

Tony partió al fin mirando á su ama de reojo y con las orejas gachas. Aurora le vió perderse entre las sombras de la noche, volvió al lecho y durmió tranquila hasta la mañana.

Cuando despertó, D.^a Carmen aún no se había levantado.

Entre la servidumbre se comentaba con temor la tardanza de D. Plácido. Había salido á las once de la noche y aún no había vuelto.

Aurora, que más que nadie participaba de esta intranquilidad, fué á la puerta á ver si veía llegar á su padre.



Al abrirla, encontróse delante al pobre Tony, tendido en el suelo y con un costado cubierto de sangre. Sobresaltada, inclinóse para acariciarle. Levantó el animalito la cabeza, alargando un pañuelo que apretaba entre los dientes.

Aurora lo cogió, y el perro, después de sostenerse un momento fijando en su ama una mirada tristísima impregnada de dolor y de angustia, cayó pesadamente al suelo para no levantarse más. Estaba atravesado por un balazo.

Desdobló Aurora el pañuelo que el pobre Tony había traído y dentro de él encontró un papel de recetas de su padre en el que se leían estas palabras escritas con mano nerviosa:

«Salvadme. Estoy rodeado de bandidos y me tienen secuestrado en la segunda cueva del barranco del Infierno. Quieren pedir os un rescate superior á lo que yo tengo.»

Cundió la noticia como el viento. En pocos momentos se dieron las órdenes oportunas y el vecindario en masa fué en busca de su médico.

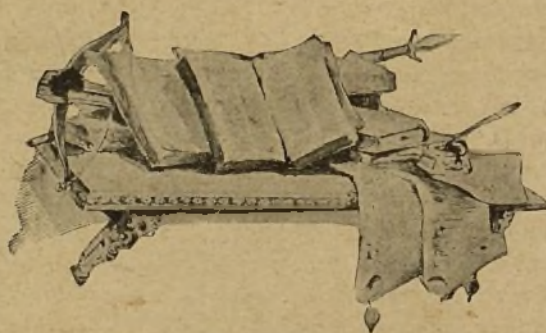
Pocas horas después D. Plácido abrazaba á su familia y cinco malvados caían en poder de la Guardia civil.

El peligro terrible que había podido conjurarse á tiempo dejó lugar á una alegría intensa en los corazones de todos, que no se acordaban del pobre Tony. Sólo D. Plácido fué en su busca y no pudo contener las lágrimas al verle muerto. Besó su hocico, y el pobre bicho parecía corresponder á aquella última caricia con la mirada vídriosa y dulce que había dejado la muerte bajo sus cejas arrugadas.

¡Pobre Tony!

GUILLERMO J. ATHY

(Prohibida la reproducción.)



HOJEANDO PERGAMINOS

Una cacería es base de la unión de las dos Castillas

Suponiendo sea desconocido este dato histórico para muchos de mis queridos lectores, lo copió íntegro de una publicación de caza de mediados del pasado siglo, sintiendo no poseer suficientes dotes de escritor para ensalzar como se merece al autor de tan curioso artículo. Dice así:

«Á la muerte de Sancho de Castilla y Alfonso V de León, ocurridas la primera en 1021 y la segunda en 1027, quedaban reinando en Castilla, que sólo era condado, el joven García II, y en León sucedió á su padre, Alfonso, Bermudo III, mozo de diez y seis á diez y siete años, unido en matrimonio con doña Jimena Teresa, hermana del conde castella-

no; y otra hermana del mismo, llamada doña Mayor, estaba casada con D. Sancho, rey de Navarra; de forma que los tres soberanos de León, Navarra y Castilla eran parientes en igual grado de afinidad.

Para estrechar más todavía estos lazos de familia, los nobles de Burgos acordaron mandar un mensaje á Bermudo III, solicitando diese en matrimonio su única hermana al conde García, y que con tal motivo consintiese en que dicho conde tomara el título de rey de Castilla.

Acogió el leonés con beneplácito la demanda, y pocos días después entraba el joven García en León para rendir homenaje á su cuñado futuro y besar la mano de su prometida.

Al volver á Burgos para llenar las formalidades para el matrimonio, quiso antes visitar el célebre templo de San Juan Bautista, en cuyos umbrales fué acometido por los Velas, que le produjeron la muerte, extinguiéndose de este modo la línea masculina del ilustre conde Fernán González. La muerte de don García hizo que el importante Estado castellano viniese á quedar expuesto á las pretensiones del más osado ó más ambicioso de los dos monarcas convecinos, que, por otra parte, tenían algún derecho á él por sus mujeres, D.^a Jimena Teresa y D.^a Mayor, esposa la una de Bermudo III y la otra de D. Sancho el Grande de Navarra.

Era este último de carácter arrojado, valiente y emprendedor; de modo que pronto se presentó en Castilla con un poderoso ejército, apoderándose del país como de una herencia que de derecho le pertenecía.

Después de castigar á los asesinos de don García, cumplido este deber de justicia, el heredero y vengador del malogrado conde pasó á Burgos, donde se hizo reconocer por los nobles como soberano de Castilla.

La facilidad con que se apoderó del país no hizo otra cosa que despertar en su ánimo el deseo de nuevas campañas, y la proximidad del reino de León, así como la corta edad del monarca que le gobernaba, le excitaron á emprender su conquista.

Érale, sin embargo, necesario un pretexto para el rompimiento con su cuñado Bermudo, y llevar las armas á un territorio sobre el cual carecía absolutamente de derechos que alegar; pero he aquí que su extremada afición á la caza le proporcionó lo que deseaba.

Lo quebrado y árido del país hacía que sólo fuese á propósito para la caza de montería, y nada tan magnífico como contemplar las bien

ordenadas y numerosas trahillas de notables perros pertenecientes á D. Sancho. La nube de monteros que seguía al rey era un verdadero ejército por su número casi fabuloso. Verdad es que, en la ocasión á que nos referimos, se hallaba el monarca navarro en el caso de desplegar tanta fuerza como fausto y esplendor.

Salió D. Sancho cierto día de caza, y desde muy temprano se manifestó abundante y variada, causando el entusiasmo de los cazadores.

Varias piezas habían mordido el polvo, cuando un gran jabalí, herido por el rey y acosado por los alanos, se internó en lo más fragoso de la sierra; perseguíale el monarca con el ardor é interés de verdadero cazador, cuando vió que el animal se entraba en una gruta. No por esto desistió; entró también sin vacilar en pos de la fiera con intención de rematarla, mas al levantar la mano para arrojar un venablo, sintió paralizado el brazo. Entonces reparó en un altar situado en el fondo de la caverna con la imagen de San Antolín, y achacando la parálisis repentina de su brazo á castigo del desacato cometido, postrándose de hinojos ofreció al santo la construcción de un templo en aquel mismo lugar, con lo que volvió á recobrar el uso del brazo.

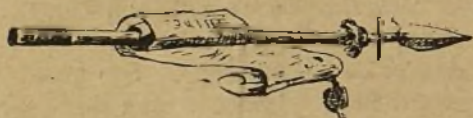
Vuelto D. Sancho á Navarra, determinó llevar á cabo el cumplimiento del voto ofrecido. Entonces supo que el santuario hallado por él estaba en el solar de la antiquísima Palencia, ciudad de renombre en tiempo de la dominación romana, 250 años antes de Jesucristo, y que el tiempo y las guerras la habían destruido convirtiéndola en bosque de jarales, propio para albergue de fieras. Estas noticias le sugirieron la idea de reedificar la ciudad y en ella el templo prometido á San Antolín; mas á este proyecto opúsose el monarca leonés, alegando pertenecer aquel territorio á sus dominios. Sostenía lo contrario el de Navarra, y el altercado produjo un rompimiento entre los dos príncipes, que era lo que D. Sancho apetecía.

Hallábase en dicha ocasión ocupado don Bermudo en sofocar una revuelta ocurrida en Galicia, y estos momentos escogió el activo navarro para invadir el reino de su cuñado. Vinieron á las manos las dos huestes, pero los obispos de uno y otro bando se presentaron como mediadores, y se firmó una paz cuyas principales condiciones eran: el casamiento de D. Fernando, hijo del rey D. Sancho de Navarra, con Sancha, hermana de Bermudo III de León, antes prometida esposa del

malogrado García, y que dicho D. Fernando tomaría el título de rey de Castilla, mientras que su mujer le llevaría en dote todo el territorio comprendido entre el Cea y el Pisuegra.

De este modo empezó la unión de las coronas de León, Castilla y Navarra en una misma cabeza, pues si bien Sancho el Grande repartió á su muerte, acaecida algunos años después, el vasto imperio que se extendía más allá de los Pirineos entre sus cuatro hijos, García, Fernando, Ramiro y Gonzalo, después de varios disturbios, que debilitaron mutuamente su poder, sólo Fernando tuvo más maña ó mayor perseverancia para conservar y agrandar su poder, reuniendo en sus sienes las dos coronas, base primordial de la unidad de la monarquía española, que empezando en Fernando I el Magnánimo, llegaría al apogeo de su gloria en Fernando V el Católico.»

RUY LOPE



Una víctima de su fama ó apariencias engañosas

¡Qué mala estrella la del pobre Bermúdez!... Si hemos de ser lógicos, la falta de precaución le colocó en el más grave de los apuros. Él era culpable de los hechos que se le atribuían, aunque no fuese más que por imprudencia temeraria ó de las otras.

Juanito Bermúdez, como cariñosamente se le llamaba, era un joven apuesto y galanteador, y aunque se exageraba mucho respecto á sus fechorías amorosas, no dejaban de tener alguna realidad.

Era decididor y dicharachero, conocía la vida y milagros de casadas, solteras y viudas, y esto acrecentó su fama de galán conquistador; pero los pocos amigos que conocían sus intimidades sabían que era muy poco resuelto cuando se veía frente á frente con una dama ó doncella.

Su fama de Tenorio tenía mucho de fantasía, era puramente novelesca y sólo sostenida y acrecentada por unos cuantos aduladores que le metían en juergas y devaneos para *llevar la andorga* en opíparos banquetes.

El secreto de Juanito no era otro que saber gastar el dinero con verdadera esplendidez.

Bermúdez, para confortar el cuerpo y el

espíritu, hacía frecuentes excursiones cinegéticas á un vedado de caza del que era accionista.

Era de los buenos aficionados, cazaba con perro de muestra, tenía excelente puntería, piernas de hierro, envidiable agilidad y era incansable.

Aquel vedado estaba bajo la guarda y custodia del tío Toñete, hombre fornido, terror de dañadores y con cara de pocos amigos.

El tío Toñete habitaba la casa del monte en compañía de su mujer, de una muchacha que frisaba en los veinte años, y de dos muchachuelos, hijos de su segunda esposa.

La muchacha á que antes nos hemos referido era la única herencia que le dejó su primera mujer, y sentía por ella verdadera veneración; sólo consintió los amores de su hija con un zagalón próximo á entrar en quintas, hijo de un acaudalado labrador del lugar más próximo al vedado.

Tantos cuidados prodigaba á su Rosalía, tal era el nombre de la muchacha, que cuando los *señoritos* que cazaban en el monte iban de excursión, la enviaba al lugar con cualquier pretexto para evitar galanteos, pues la moza era una belleza rústica, de torneadas ondulaciones, de sano color y de negra cabellera.

Juanito conoció á Rosalía en la casa del vedado, pero aunque no podía dominar sus instintos de conquistador, aquella belleza no le seducía: amaba á la mujer cortesana, de finos modales, de delicado busto envuelto entre sedas y encajes.

Aquel consagrado Tenorio era el menos temible de los socios que frecuentaban el vedado.

Bermúdez proyectó una excursión: quería ir solo, y cierta espléndida mañana tomó el tren con ánimo de cazar durante dos ó tres días, y llegó al cazadero, donde no encontró más personas que al tío Toñete y á su familia.

—Bien venido, señorito don Juan.

—Bien hallados, Toñete y compañía. ¿Muchos conejos?

—Bastantes, señorito; hace una semana que no se dispara un tiro. Se va usted á divertir.

—Dios te oiga, Toñete.

Entregó la impedimenta al guarda, le indicó el lugar del monte donde tenía que llevarle el almuerzo y salió de la casa con rumbo desconocido.

Los conejos, en efecto, debieron gozar de largo descanso, pues en pocas horas uno de los hijos del guarda, que le acompañaba seguido de un borriquillo, llenó el serón de viles roedores...

Después del almuerzo Juanito dió una fructífera batida á las perdices, en cuya persecución perdió sus energías por ásperas laderas y escarpados cerretes.

Llegó el momento de regresar á la casa; la noche comenzó á tender su negro velo y sudoroso y jadeante entró Juanito en la cocina de la casa en el momento que el guarda y familia terminaban la cena. Quedaron solos el tío Toñete, su mujer y Bermúdez.

La guardesa preparó y sirvió la cena á nuestro cazador, cuyos párpados parecían de plomo por la pesadez con que se le cerraban; el cansancio de la jornada le obligó á salir tambaleándose en busca del lecho.

Abrió la puerta de una oscura habitación, se despojó del traje y se tendió en la cama que halló más próxima, quedándose profundamente dormido.

Transcurrió la noche, y apenas alboreó el nuevo día, una férrea y callosa mano le lanzó de la cama.

—¡Es usted un miserable!

Juanito, desperezándose y restregando fuertemente los ojos, quiso aperebirse de aquel brusco despertar.

—¿Qué sucede?... ¿Fuego?...

—Sí, señor, fuego es el que voy á hacer con mi escopeta.

—¿Ladrones?...

—El ladrón lo es usted, que ha pasado la noche en esta habitación, robándome el orgullo mío.

—¿Qué dice usted?

—Habla, Rosalía, habla...—decía el guarda.

—Padre, le juro á usted que este señor ha dormido como un lirón, roncaba como un píporro.

—¡Calla, calla!

—Pero ¿quiere usted explicarme lo ocurrido?

—Señor Bermúdez, usted es un libertino, según he oído decir, y prendado de mi Rosalía, ha dormido usted en la misma habitación donde ella ha pasado la noche...

—Le doy á usted mi palabra de honor que el cansancio y el sueño me hicieron entrar aquí sin advertir que hubiese nadie dentro...

—¿Qué se ha figurado usted, que porque somos pobres y usted rico puede jugarse así con nuestra honra?

—Nada de eso, no señor.

—Pues bien, ó usted se casa con mi hija, ó prepárese á bien morir.

Salió Toñete livido, descompuesto, en busca de su carabina para hacer uso de ella como argumento decisivo.

Juanito no sabía qué partido tomar; pero antes de perder la vida opuso á aquel decisivo argumento su astucia y prometió casarse con Rosalía; pero antes era preciso regresar á Madrid.

—Regresaremos todos—dijo Toñete.

—Bueno—replicó Juanito.

Se instalaron en un coche del tren que pocas horas después los condujo á la corte.

El guarda y su hija quedaron hospedados en una posada, y Juanito llegó á su domicilio en el momento que un empleado de Telégrafos llamaba á la puerta para depositar en sus manos el siguiente telegrama:

«Enterado suceso, salgo Madrid dispuesto á todo; soy novio Rosalía.—Antolín.»



Cuando los amigos de Juanito fueron á enterarse de lo ocurrido, lo encontraron en su despacho escribiendo al juez de guardia y acariciando de vez en cuando la culata de una pistola Browning.

M. MORALES



GRANDES CACERÍAS

Se han verificado las grandes cacerías en las renombradas fincas de «Mudela» y el «Rincón».

Á la del primero de estos vedados no pudo asistir S. M. el Rey por sus altas y graves ocupaciones; á la del segundo, ó sea á la del «Rincón», sí concurrió el Monarca.

En una y otra posesión se mataron enormes cantidades de perdices.

En la del «Rincón» se ofreció á los expedicionarios una grata sorpresa, y fué la suelta de numerosas liebres alemanas de gran tamaño, pero de pocos pies; esto es, poco corredoras.

Excusado es decir la mortandad que los aristócratas cazadores hicieron de estos animalitos.

Los aficionados andan locos buscando en los terrenos libres de alrededor del «Rincón» las liebres que lograron marcharse y que suponen vagando por aquellos contornos.

Se anuncia para fecha próxima las notables cacerías de Láchar (Granada), á las cuales concurrirá S. M. el Rey, que aprovechará su viaje á Granada para visitar las obras que se ejecutan en la Alhambra.

* *

También concurrirá el Monarca, acompañado de su montero mayor, Sr. Marqués de Viana; de su primer montero, Sr. Conde de Maceda, y del médico de cámara Dr. Alabern, á una nueva cacería en Mudela, organizada en honor de S. M. por el Sr. Conde de Gavia, propietario de aquel magnífico vedado. Á esta expedición irán asimismo, invitados por el dueño, los señores Duques de Arión, San Pedro de Galatino, Tarancón y Santoña, Conde de Romanones y Marqués de Nájera.

* *

En la finca denominada «Los Hoyuelos», próxima á Montiel, se ha verificado una cacería organizada por el arrendatario de dicha finca, Sr. Marqués de Cayo del Rey, con la compañía de los señores Duque de los Castillejos, Conde de Torrejón, Capitán General Marqués de Estella, cuyos entusiasmos cinegéticos son por todos admirados; Martos, Labayen, Conde de Liniers, Urzáiz (D. Isidoro), Conde del Puerto y Calvo (D. Juan).

El tiempo no fué favorable á los expedicionarios, pues llovió, hizo fuerte viento y hasta nevó, impidiendo cazar los tres días que se proponían.

Deseamos que en otra sean más afortunados.

* *

Los señores de Silva, dueños del monte «El Dorado», en la Mancha, dieron en este magnífico vedado una cacería, á la cual concurren los Sres. Silva y Soria (D. Francisco y D. Severiano), Conde de Villar de Felices, Llano, Melgarejo, Azquera, Portillo y Pacheco.

Se cobraron cerca de quinientas piezas.

* *

Y, por último, á la finca que D. Tomás Beruete posee en el pueblo de San García (Sego-

via) fueron á cazar los señores Duques de Bivona y San Ginés, Conde de Val del Águila, Marqués de Perales y otros. Este vedado ofrece el singular atractivo de que no solamente abundan las perdices, conejos y liebres, sino también las chochas, agachadizas y patos, y excusado es decir la diversión que presta tal variedad de especies de caza.



NOTICIAS

Legislación de caza, pesca y uso de armas. Obra editada por el capitán de la Guardia civil D. Agustín Álvarez Navarro. La más completa y útil de cuantas sobre estos asuntos se han publicado. Precio 1,50 pesetas.

De venta en la Administración de esta revista.

★

El Ministro de Fomento, D. Rafael Gasset, ha concedido á nuestro querido amigo y Director de esta revista, D. Manuel Tercero, la Encomienda de número de la Orden civil del Mérito Agrícola, por cuya honrosa concesión le felicitamos muy cordialmente.



CAZADEROS

Los señores propietarios y arrendatarios de montes que quieran arrendar pronto sus terrenos de caza ó expender con rapidez las acciones de vedados, deben anunciar en esta sección.

El precio por línea é inserción es de 75 céntimos.

★

Se arrienda la pesca de la «laguna del Taray», 200 hectáreas de superficie, á cinco kilómetros de la estación de Quero (líneas de Andalucía y Valencia). Para más detalles diríjanse al señor Marqués de Gallegos, Toledo.

